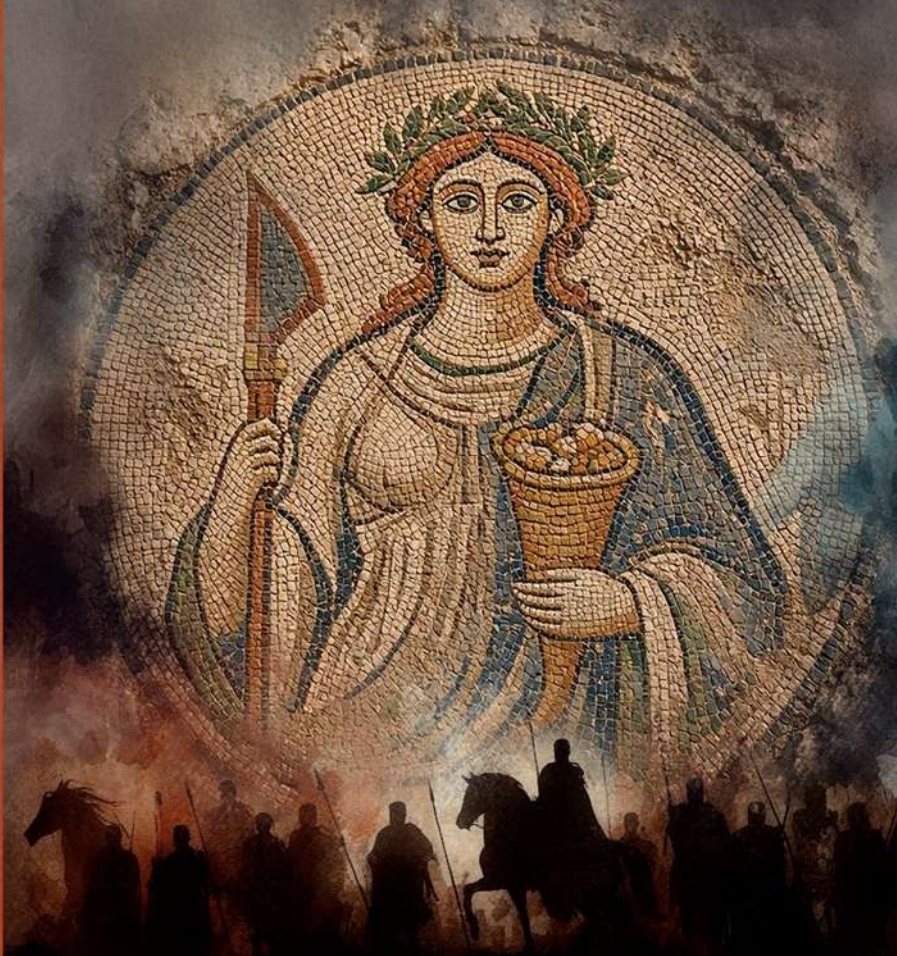
Histórica Salvaje

Pedro López Aurrekoetxea

Los olvidados de Fortuna



Furia Divina, Sangre Mortal I

Trilogía Furia Divina, Sangre Mortal vol I

Los olvidados de FORTUNA

Pedro López Aurrekoetxea

Los Libros del Salvaje

Del texto: © Pedro López Aurrekoetxea, 2021
De la edición: © Los Libros del Salvaje, 2026

Primera edición en Los Libros del Salvaje: noviembre 2026

Título
Los olvidados de Fortuna

Colección
Histórica Salvaje 4

Ilustraciones

Portada diseñada por: Laura G. Loaisa

Editorial
Los Libros del Salvaje

Aldea Betán 12
32704 Baños de Molgas (Ourense)

ISBN: 978-84-129435-9-7
Depósito Legal: OU 242-2026

A Pedro López Baquero, que lo habría escrito mejor,
pero no tuvo tiempo.

PRÓLOGO

Año 553 AUC (200 a. C.). En el sureste de Iberia

Cojeó lentamente loma arriba, se detuvo y observó la ciudad situada entre dos aguas. Ya no era la aldea en lo alto de cuya colina más elevada había nacido. Ya no era la fortaleza de la que salió hacía casi veinte años, cargado de sueños de gloria y rodeado de camaradas. En ese momento era algo distinto. Las fuertes murallas seguían allí, pero lo que crecía entre ellas era algo diferente, algo que había visto más allá del mar y las montañas, algo imparable y que se iba extendiendo como una lenta e inexorable mancha de aceite. Roma.

Se apoyó sobre su largo bastón, un bastón que se parecía curiosamente al asta de una lanza. Se acomodó el morral sobre los hombros. Tras ello se frotó la pierna, justo encima de la gran cicatriz del muslo. Había otras, casi todas viejas, pero una grande y rosada destacaba sobre las demás y deformaba un poco un muslo delgado pero musculoso, propio de alguien acostumbrado a andar. La herida tenía ya dos años, pero aún dolía. Sus tiempos de caminar habían terminado, o eso se había repetido en los últimos días, ignorando el dolor de cada paso por la esperanza del retorno. Pero en ese instante, cuando veía al fin, el punto de partida, no sentía que hubiera vuelto a ninguna parte. Tras las montañas, los pantanos, los desiertos, el fuego y la sangre, volvía a un hogar que ya no era el suyo y, por alguna razón, la estúpida crueldad de la situación le resultó divertida. Tras soltar una carcajada, echó a andar hacia un lugar que ya no conocía.

PRIMERA PARTE

El principio

Lo único peor que una batalla ganada es una batalla perdida.
Arthur Wellesley

CAPÍTULO I

Entre ríos

Noviembre del año 535 AUC (218 a. C.). Valle del Po, Italia

Desde lo alto de la colina sobre la que se situaba el campamento púnico, Balkar observó las ruinas aún humeantes del *oppidum* de los taurinos y sonrió, una sonrisa cruel al recordar lo arrogantes que esos celtas se habían mostrado cuando el ejército de desharrapados había descendido de los Alpes. Su general les había ofrecido una alianza contra Roma y estos se habían reído de ellos en sus barbas. Balkar no creía que en ese momento se rieran, si quedara alguno vivo, cosa que dudaba.

Se colocó mejor el *sagum* sobre los hombros. Los calzones de lana le picaban horrorosamente, pero con ese frío eran necesarios y a su anterior dueño, un galo alóbroge de las montañas, ya no iban a hacerle falta. Recordó los combates durante el cruce, las piedras que caían rodando por un lado y el abismo por el otro, sin capacidad para maniobrar ni retirarse. Al menos, en esa ocasión lucharían con espacio alrededor, y eso era un consuelo.

—¿Cómo va la guardia?

Se sobresaltó un momento, pero en seguida reconoció el fuerte acento de Hanno.

—Sin novedad.

El oficial púnico se paró a su lado. Iba envuelto en un *sagum* ibero, aunque no parecía aliviarle mucho del húmedo frío. Se veían

gotitas de relente sobre su ensortijado cabello negro y llevaba la cabeza encogida entre los hombros, envuelto en lana hasta su gran nariz aguileña, auténticamente semita, que asomaba como el pico de un pájaro fuera del nido. Sus huesos, criados bajo el sol de África, no estaban hechos para ese clima. «Bueno, los míos tampoco», pensó Balkar, aunque se guardó ambos pensamientos.

Hanno había nacido en la vieja Cartago, en una familia ligada a los Barca desde generaciones atrás y que prefería la milicia al comercio. Llegó a Iberia casi adolescente, y su rápido dominio de las lenguas locales —pese a su atroz acento— lo habían colocado al mando de ese contingente de iberos. Aunque lo del mando era un término relativo. Los iberos del sureste, vinculados a los Barca por tratados de lealtad personal, solo aceptaban órdenes de sus propios caudillos, como el propio Balkar. No obstante, Hanno, que al fin y al cabo algo tenía de negociante, había sabido ganarse su aprecio mucho mejor que otros. Actuaba de enlace con los mandos, pero además marchaba con ellos, comía con ellos y los respetaba, y ese respeto era mutuo. No lo consideraban uno de los suyos, pero era un compañero más que aceptable y sus órdenes, formuladas como educadas sugerencias, siempre eran cumplidas.

—Los exploradores númidas han vuelto —informó Hanno, dejando en el aire el resto. Le encantaba hacerse el interesante. Balkar no se encontraba de humor, así que se limitó a encogerse de hombros y a seguir mirando las humeantes ruinas a lo lejos. Llevaba un rato supervisando los puestos de guardia, el sol ya se ocultaba y apenas podía esperar a calentarse en una hoguera, comer algo e irse a dormir.

—Parece ser que los romanos andan cerca...

El ibero giró ligeramente la cabeza y miró de reojo al oficial púnico. No podía verle la boca, pero los ojos le brillaban con una sonrisa. Ese púnico parlanchín se moría por contarle lo que sabía, así que suspiró y le hizo la pregunta.

—¿Cómo de cerca?

—A un par de jornadas. Ese cónsul suyo, el tal Escipión, al que dimos esquinazo tras cruzar el Ródano, ha conseguido llegar de al-

guna manera y se encuentra con dos legiones más sus alas frente a nosotros.

Balkar trató de recordar lo que le habían enseñado sobre los ejércitos romanos, y lo que recordó le hizo fruncir el ceño. Dos legiones romanas, más otras dos de aliados, un ejército consular completo.

—Lucharán —aseguró.

—Claro que lucharán. Si algo se puede decir de esos romanos es que no rehuyen la pelea; además, son más que nosotros y les hemos engañado llegando por su puerta de atrás, deben de estar echando humo. La cosa será encontrar un lugar donde lo hagamos en nuestros términos.

Balkar volvió a encogerse de hombros. El sol acababa de ocultarse. Vio llegar a Korbis, que iba a darle el relevo a uno de los guardias. Dejó que su camarada se encaminase a su puesto y se volvió hacia el campamento. Miró a Hanno a los ojos antes de echar a andar.

—Mejor, no hemos caminado tanto ni padecido tanto para luchar contra esos celtas melenudos, y hasta ahora es lo único que hemos hecho.

Y, sin más, saludó a Korbis con la cabeza y echó a andar hacia su tienda.

Pensó en lo que le había dicho a Hanno. Había sonado indiferente, arrogante incluso, al fin y al cabo era un guerrero ibero y esa indiferencia ante el peligro era lo que se esperaba de él, pero lo cierto era que aquellas noticias lo habían inquietado. Todo aquel camino lo habían hecho para luchar contra Roma, pero una vez que la hipótesis se iba convirtiendo en certeza, la semilla de la inquietud comenzaba a crecer en su interior. Aníbal era un buen general, valiente y eficiente, pero nunca había luchado contra los romanos, nadie en ese ejército lo había hecho, salvo alguna escaramuza antes de los Alpes, y en ese momento estaban en su territorio. Se preguntó cómo terminaría todo, pero una vez más se encogió de hombros. Solo el destino lo sabía, pensó mientras se adentraba en el bullicio del cam-

pamento y veía al fondo a sus camaradas en torno a una hoguera. Ya se enteraría cuando tocase, se dijo, con la humilde simplicidad del soldado, mientras se sentaba junto al fuego.

Finales de noviembre del año 535 AUC (218 a. C.). Valle del Po, Italia

Ayin palmeó el cuello de su caballo para calmarlo mientras observaba a los romanos. Procuró mantenerse entre los árboles, donde sabía que, a lomos de su pequeña montura, resultaba invisible. Nada en su aspecto denotaba al temible guerrero que podía resultar. Como todos los númidas, montaba a un caballo pequeño, poco mayor que un poni, y lo montaba sin silla ni bridas, con solo una cuerda alrededor del cuello del animal. Su aspecto tampoco era impresionante: un pequeño escudo redondo a la espalda, una espada corta colgando del cinto que ceñía su túnica y un manojo de jabalinas en las manos le daban más aspecto de salteador que de guerrero.

Recordó la asamblea del ejército unos días antes, cerrada con el discurso de Aníbal. Había sido un buen espectáculo. Primero había hecho combatir a los prisioneros galos por parejas; los perdedores habían muerto, los ganadores habían sido recompensados y puestos en libertad. «Esta es nuestra situación ahora —había dicho Aníbal—, tendremos que luchar y podemos vencer y ser ricos y libres o podemos perder y morir». El mensaje había sido simple y directo, y había calado.

Y ahí estaba. Se rascó la barba mientras vigilaba la formación romana que se movía a lo largo del río. El general era fácilmente reconocible, con su capa roja cayendo sobre la grupa de su alto caballo italiano. Con ojo experto, Ayin examinó las monturas y tuvo que admitir que eran bellas, aunque no las cambiaría por la suya. Dejando a un lado las disgresiones, observó la formación enemiga. La infantería ligera al frente, seguida por jinetes celtas y, tras ellos, la caballería romana con su arrogante general de capa roja delante.

Comprobó que las legiones no siguieran tras ellos. Cuando se hubo asegurado, hizo dar la vuelta a su caballo con una ligera presión de las rodillas, se internó entre los árboles y lo puso al trote. Atrás dejó a los romanos, marchando con el río a su izquierda. Había olvidado el nombre, aunque eso tampoco le preocupaba.

El río se llamaba Tesino.

Cneo Manlio miró a su alrededor, pero no podía ver mucho. Se encontraba justo en el centro de la formación, y a retaguardia. Varias cabezas por delante de él, veía las plumas blancas del casco del general y el brillante rojo escarlata de su *palludamentum,* la capa roja que lo identificaba como general. Ser uno de los *extraordinarii* de caballería no dejaba de ser un gran honor, pero también podía ser mortalmente aburrido. La guerra era eso al fin y al cabo, días o meses de aburrimiento hasta llegar el momento del horror, y después, si se salía vivo, de vuelta al aburrimiento. En este caso, al aburrimiento se unía la humillación. Su *turma* de treinta hombres había sido puesta bajo el mando directo del hijo del general, lo que era una manera discreta de decirles que hicieran de niñeras del noble romano. Y él no apreciaba demasiado a los romanos. Al igual que el resto de hombres de su *turma,* eran samnitas. Sus abuelos habían sido los peores enemigos de Roma, y ese rencor seguía latente bajo la etiqueta de «amigos y aliados». «Siervos y obedientes» cuadraba más en la mente de Cneo Manlio, pero el suyo era un pueblo guerrero y los guerreros obedecen, incluso cuando les ordenan hacer de niñeras.

El joven Escipión se mantenía erguido en su caballo. No era mal jinete, y a Manlio le sorprendió que vistiera una humilde coraza de hierro y casco ático de bronce. No parecía la indumentaria esperable del cachorro de una de las familias patricias más ricas de Roma, nacido y criado en pleno Foro, o eso había oído. La verdad es que resultaba poco impresionante, bajito y de piernas cortas aunque fuertes, de rostro serio y con esos ojos ligeramente saltones tan típicos en su familia, aunque resultaba difícil que no cayera simpático; quizá

porque era consciente de que no resultaba impresionante, y por eso no trataba de impresionar.

Perdido en esos pensamientos casi se le pasa la orden por alto. Trató de ver algo sobre las cabezas de los demás mientras la nube de polvo se asentaba, pero resultó inútil. Daba igual, pronto se extendió el rumor entre las filas: los cartagineses habían aparecido.

Al otro lado del río Tesino, el mismo cuyo nombre Ayin no podía recordar, la caballería de Aníbal había aguardado oculta el irresponsable avance de la caballería e infantería ligera romanas. La idea de Escipión era buena, buscar a su enemigo hasta localizarlo y decidir cómo actuar después, pero la ejecución había sido pésima. Avanzando en bloque, los tres mil jinetes romanos y los siete mil infantes ligeros no podían ver más allá de la siguiente línea de árboles o el próximo recodo del camino, mientras que Aníbal, usando a los ágiles e invisibles númidas, los había estado observando desde la distancia, dejando que se alejasen del bloque de su ejército. En ese momento los tenía donde quería, y les iba a hacer arrepentirse de su imprudencia.

Ayin ocupó su lugar en el extremo derecho de la formación cartaginesa. A su lado corría el río, y frente a ellos los romanos. No perdió el tiempo en observarlos, al fin y al cabo él era uno de los que habían traído la información. Tras su rápido informe a Maharbal, el general de caballería, había ocupado su puesto. Dedicó los momentos anteriores al choque a observar el terreno que tenía al frente. El suelo, pese a la cercanía del río, parecía lo suficiente firme. No quería verse clavado en el fango si las cosas se complicaban y el río era demasiado profundo para vadearlo. Su caballo sabía nadar, pero él no, y no tenía prisa por aprender.

Un cornetazo a su izquierda llamó su atención. Aníbal, sin más ceremonia, hacía cargar a su centro, formado por la caballería pesada cartaginesa, ibera y celta. La infantería ligera romana, los

velites, al ver la que les venía encima, se retiraron entre los huecos dejados por su propia caballería, que salía al encuentro de los púnicos casi sin tiempo de lanzar sus venablos. El choque fue brutal, pues a los auxiliares celtas siguió la caballería romana e itálica, y pronto casi cinco mil jinetes se mataban en medio de una sangrienta melé.

La superioridad numérica romana se iba imponiendo poco a poco cuando los *velites* se reorganizaron en los flancos de la formación, dispuestos a flanquear a los agobiados cartagineses. Maharbal, al mando de los númidas y esperando ese movimiento, ordenó a sus hombres pasar al ataque. De inmediato, dos mil jinetes númidas cargaron a una. Ayin sabía —o esperaba— que otros tantos estuvieran haciendo lo propio al otro lado del campo de batalla, pero en ese momento tenía otros problemas de los que preocuparse. La infantería ligera romana se preparó para lanzar sus venablos, pero la velocidad e impulso de los caballos daba a los númidas ventaja, por lo que lanzaron antes y sin necesidad de órdenes. A treinta pasos, una nube de jabalinas salió despedida hacia los romanos. De inmediato, los jinetes giraron en redondo y la segunda línea repitió el movimiento. Los jóvenes infantes romanos acaban de descubrir, muy a su pesar, por qué los númidas eran la mejor caballería ligera del mundo. Diezmados por un lluvia de proyectiles que no se encontraban en condiciones de devolver, perdieron la moral y trataron de huir, pero los jinetes africanos les cayeron encima como lobos sobre ovejas.

Aquello no iba bien, pensó Cneo Manlio desde su puesto en la retaguardia. El choque inicial les había resultado propicio por pura superioridad numérica, pero los cartagineses habían aguantado el envite; no así los *velites*, que habían sido destrozados por los jinetes ligeros africanos que en ese momento caían sobre ambos flancos de la empantanada caballería romana. Era el momento de tocar retirada antes de que el revés se convirtiera en una derrota completa.

Fue entonces cuando ocurrió el desastre. Un grupo de la caballería pesada cartaginesa se abalanzó sobre el lugar donde combatía el general. Manlio vio cómo el rojo *palludamentum* desaparecía entre el tumulto. Sin vacilar apenas un segundo, el joven Escipión sacó su espada y clavó los talones en los ijares de su caballo, que se encabritó con un relincho de sorpresa antes de lanzarse al galope en pos de su padre.

—¿Pero qué hace ese loco? — Exclamó alguien a su espalda.

—Mierda mierda mierda —murmuró Cneo Manlio mientras agarraba firme su lanza y clavaba los talones en su caballo—. ¡Seguidme! —gritó.

Y, sin mirar atrás, se lanzó tras el joven patricio.

Ayin hizo caracolear a su caballo mientras sopesaba su jabalina; no era cuestión de desperdiciar su último proyectil o de herir a un aliado. Un grupo de romanos desmontados trataban de formar un círculo. Reconoció entre ellos la capa roja de su general, que gritaba órdenes de pie entre ellos. Los romanos aguantaban bien dadas las circunstancias, pero era cuestión de tiempo que fueran sobrepasados.

Aprovechando el respiro que la caballería púnica les daba mientras se reorganizaba para lanzar una nueva carga, el númida espoleó a su caballo y se dirigió al galope hacia el grupo del general. A menos de diez pasos lanzó su jabalina a la roja y arrogante capa.

No se paró a mirar el resultado. Hizo girar a su caballo y se retiró. Solo entonces miró por encima del hombro. La capa había desaparecido. Le había dado.

Cneo Manlio soltó la lanza en el momento en que esta atravesó al jinete púnico al que había atacado. Sin pararse a pensar, desenfundó su espada, un *kopis,* largo, curvado en la punta, perfecto para dar tajos desde un caballo, y a ello se dispuso. La carga de la *turma* de *extraordinarii* había ganado un precioso tiempo y pillado por sor-

presa a los victoriosos cartagineses, pero esa sorpresa no iba a durar mucho.

Miró a su alrededor para intentar hacerse cargo de la situación. Por todas partes, los romanos se retiraban en mayor o menor orden, pero nadie actuaba ya de conjunto salvo en pequeños grupos. Tocaba salir de allí antes de que la conmoción causada por sus hombres pasara. El joven Escipión, cubierto de la sangre de los que había matado para abrirse paso, atendía a su padre, que yacía en el suelo sangrando profusamente por una herida en el muslo.

—Tú —ordenó a su hombre más próximo—. Dile a esos dos romanos que monten de inmediato, hay que salir de aquí ya. Vosotros —señaló a varios de sus hombres—, rodead al general y sacadlo de aquí en cuanto haya montado, y si no lo hace sacadlo a rastras si hace falta. El resto conmigo.

Sin esperar más, tiró de las riendas, que sujetaba con la misma mano que su gran escudo oval, encaró a los cartagineses que ya se habían rehecho y se lanzó contra ellos. Sabía que sus hombres le seguirían, si no le habían dejado antes, no le iban a dejar en ese momento. Se metió entre los púnicos con un grito de guerra y golpeó al primero que alcanzó. Un golpe brutal, de abajo arriba que el cartaginés bloqueó con su escudo, pero mientras enfrentaba a Cneo Manlio, otro *extraordinarius* le clavó la lanza en el pecho y lo derribó de su caballo. A pesar de su inferioridad numérica, la brutalidad de la carga dispersó a los cartagineses. Manlio se vio solo de nuevo. Seis de sus hombres seguían con él; todos habían perdido sus lanzas, pero empuñaban sus espadas y escudos y refrenaban sus monturas mientras volvían a agruparse. Tocaba salvar lo salvable. A su espalda, el general, agarrado como podía a las crines del caballo al que lo habían subido, se alejaba sujetado por su hijo y otro oficial que cabalgaban a su lado, todos ellos rodeados por los *extraordinarii* de Manlio.

Con un silbido, llamó a sus hombres, tiró de las riendas, hizo girar a su caballo y se lanzaron en pos de su general. El primer en-

cuentro había terminado y el ganador estaba claro, ahora tocaba vivir para luchar otro día.

17 de diciembre del año 535 AUC (218 a. C.). Valle del Po, Italia

Los iberos observaron al último grupo de celtas que se presentaba ante el general. En las últimas dos semanas, tras derrotar a la caballería romana, se habían unido a su ejército por miles.

—Son grandes esos cabrones —gruñó Korbis entre los pliegues de lana del *sagum* que le envolvía la cara. La temperatura había bajado en picado y el aguanieve caía de forma persistente desde hacía varios días—. Y no parece molestarles el frío, mira a ese.

Balkar siguió la mirada de su compañero y observó al celta más cercano. Parecía uno de sus jefes, o al menos alguien de cierto rango, y su aspecto era ciertamente imponente. Tenía el pelo de punta y hacia atrás, muy decolorado, casi blanco, y unos enormes bigotes rubios le llegaban a las clavículas. Al cuello llevaba un grueso torques de oro e iba cubierto con una cota de mallas decorada con tachones de oro que le cubría hasta las rodillas. Sus brazos musculosos, pálidos y cubiertos de pecas, estaban adornados con brazaletes también de oro y plata, y de su cadera derecha colgaba una espada casi tan larga como su pierna, igualmente cubierta de adornos. Si bien es cierto que la mayoría no iban tan bien equipados, su armamento los señalaba como guerreros distinguidos.

Como si hubiera notado las miradas de los dos iberos, el celta se volvió hacia ellos y les devolvió el escrutinio. Tras unos segundos, una sonrisa despectiva asomó bajo sus bigotes. Aquellas dos siluetas envueltas en lana parda no parecieron impresionarlo mucho.

—¿De qué se ríe ese chulo? —dijo Korbis, irguiéndose dentro de su *sagum*.

—De nosotros, creo —respondió Balkar, lacónico como siempre, sin inmutarse.

Con una sacudida, Korbis descubrió su hombro derecho y dejó la mano de forma ostensible sobre la empuñadura de su falcata.

—¿Quieres que te afeite los bigotes, celta? —espetó, escupiendo al suelo en señal de desafío.

— No creo que hable nuestra lengua —murmuró Balkar con tono divertido, aunque deslizó su mano derecha hacia la empuñadura de su espada.

El celta no hablaba ibero, pero el tono dejaba el mensaje bastante claro, a él y a dos de sus compañeros. Estos, que vestían simples túnicas y calzones, pero sus espadas eran igualmente largas, se colocaron uno a cada lado del que parecía su líder.

—El grande para mí, tú puedes encargarte de los otros dos —indicó Korbis, ya con media hoja fuera de la vaina.

—Qué bien, dos contra uno...

—Pues mierda para cada uno.

—Claro.

Balkar comenzó a soltar la fíbula de su *sagum* y miró a su alrededor. Varios númidas y libios habían comenzado a dejar espacio, dispuestos a disfrutar del espectáculo. Al otro lado, cuatro celtíberos miraban interesados mientras se pasaban un odre de vino. Uno de ellos, el que parecía su jefe, le guiñó un ojo como deseándole suerte, pero sin ninguna intención de unirse al baile. La solidaridad entre hispanos de siempre. Resignado a lo inevitable, se enrolló la capa de lana en el brazo izquierdo y sacó la falcata. Los celtas ya tenían sus largas espadas en las manos y se rieron al ver las cortas y extrañamente curvas espadas de los dos iberos.

—Te vas a reír menos cuando te trocee con ella, rubio —le escupió Korbis.

Los tres celtas comenzaron a abrirse alrededor de los dos iberos, confiando en su número y talla mientras estos mantenían el terreno y observaban a sus rivales. A su alrededor se escucharon murmullos excitados mientras unos y otros comenzaban a elegir bando y cruzarse apuestas.

—¿Es que no podéis estaros unos días sin matar a nadie?

La inconfundible voz de Hanno sonó por encima de los murmullos mientras entraba en el círculo improvisado en compañía de otros dos oficiales cartagineses. Se plantó delante de los dos iberos y sus compañeros se dirigieron a los celtas que, sin mucha reticencia, envainaron sus espadas y ahuecaron el ala. La habitual sonrisa del púnico no se encontraba por ninguna parte. Iba vestido con su linotórax, espada y grebas.

—Esos rubios se nos estaban choteando en la cara —explicó Korbis a la defensiva.

—Y seguro que vosotros no les habéis dicho nada. Ya está bien, vamos a tomarnos un vino caliente y tengamos la fiesta en paz. Arrogantes o no, esos celtas son nuestros aliados, aquí todos somos amigos —concluyó el cartaginés, cambiando el tono a uno más amigable mientras le pasaba a Korbis una mano por el hombro.

A su alrededor todo el mundo volvía a sus asuntos. Balkar volvió a envolverse en su capa mientras se disponía a seguir a sus camaradas. A una cierta distancia, pudo ver al noble celta que le miraba fijamente. «Esto no termina aquí», decía esa mirada. El ibero se encogió de hombros y le dio la espalda. «Pues vale», pensó, y echó a andar, ansioso por probar ese vino caliente.

Sentado en un banco de madera bajo una lona improvisada, Korbis eructó feliz tras vaciar su cuarta jarra de vino. Balkar rio a carcajadas ante la potencia de su camarada mientras Hanno, algo menos borracho, negaba con la cabeza ante las maneras de los dos iberos. Desde que bajaran de los Alpes no solo guerreros celtas se habían unido a ellos. Un ejército de vivanderos, mercaderes, prostitutas, tahúres y buscavidas se había ido sumando a los púnicos como la cola de un cometa. No era nada extraordinario, desde siempre los ejércitos atraían a los buscavidas como el estiércol a las moscas y un ejército con un componente tan alto de mercenarios implicaba que la plata corría con más fluidez de la habitual. En aquella torre de Babel de lenguas e idiomas, el vino, la cerveza de los celtas y todo

tipo de mercaderías útiles o inútiles cambiaban de manos constantemente y los oficiales y generales hacían la vista gorda, conscientes de que los soldados eran criaturas del momento y necesitaban relajarse.

—¿Se sabe algo de los romanos? —preguntó Balkar a Hanno.

El cartaginés dio un trago a su jarra y se secó con el dorso de la mano.

—Se sabe. Escipión se retiró al otro lado del Tesino con nuestra caballería pisándole los talones. Está herido, aunque sanará, según hemos sabido. Si no hubiera sido por su propio hijo y un escuadrón de caballería, lo habríamos cazado a orillas del Tesino. Pero bueno, otras ocasiones habrá. Ahora se ha instalado en un campamento fortificado cerca de la ciudad de Plasentia mientras espera al otro cónsul. Parece ser que el plan de este era desembarcar en África y atacar Cartago, pero al cruzar esos malditos Alpes les hemos alterado la estrategia.

—Vienen a por nosotros con todo —comentó Balkar.

—Claro, era de esperar, y más después del revolcón que le dimos a su caballería. Roma apenas controla el norte de la península itálica, y a la amenaza de nuestro ejército le hemos sumado la de todos estos celtas que nos pueden ver, y de hecho nos están viendo, como su oportunidad de librarse de los romanos para siempre.

La mera mención de los celtas hizo a Korbis escupir al suelo.

—No me gustan esos rubios. Mucha espada larga, mucho adorno de oro y mucha altura pero los romanos los tienen bien metidos en cintura.

—Pues eso debería hacerte pensar, querido Korbis. Los celtas saquearon Roma hace doscientos años, pero desde entonces los romanos les han vencido una y otra vez. Esas legiones van a ser huesos duros de roer.

—Solo son granjeros armados —replicó despectivo antes de llevarse la jarra a la boca para descubrir con desilusión que estaba vacía.

—Puede que lo sean, pero son disciplinados y tenaces. En la última guerra los derrotamos una y otra vez, pero siempre volvieron a por más.

—Hasta que os derrotaron a vosotros —apuntó Balkar.

—Sí, y bien derrotados además —reconoció el púnico con amargura. Su padre había muerto en la batalla de las islas Egadas contra la flota romana y su cadáver había sido pasto de los peces—. Pero ahora es tiempo para la revancha —afirmó con un brillo en los ojos.

Korbis hacía señales a la cantinera, una celta de trenzas rubias y aspecto rubicundo, con unas formas rotundas poco habituales entre las iberas. El ibero le guiñó un ojo, señaló su jarra vacía y a continuación se señaló el estómago. La cantinera asintió con una sonrisa y poco después les rellenó las jarras y puso delante de cada uno un cuenco de madera con un humeante estofado que olía a gloria. Korbis no dejó pasar la oportunidad y le palmeó el culo cuando se inclinó a servirles. La celta se volvió al instante y le dio una sonora bofetada que le dejó los dedos marcados en la cara, tras lo cual se alejó dignamente contoneando sus estupendas caderas.

—Te está bien empleado, por manos largas —rio Balkar.

Korbis se frotaba la mejilla, sonriente, mientras apreciaba la retaguardia de la celta, demasiado borracho para enfadarse.

—Qué mujer...

—Entonces, ¿las celtas no son un problema, solo sus maridos? —se burló Hanno con la boca llena de estofado.

—Para Korbis nada femenino es nunca un problema —rio Balkar— Hay una historia de cuando éramos jóvenes y una cabra que...

—Sabes que esa cochina historia es un infundio —le interrumpió, repentinamente serio, el habitualmente risueño ibero, mientras le apuntaba a la cara con el dedo.

Balkar comenzó a reírse a carcajadas y su camarada le siguió en un instante. Hanno observó a los dos iberos con la cuchara a

medio camino de la boca. «Extraña gente estos iberos», pensó, no por primera vez, y siguió disfrutando de su estofado.

Cneo Manlio bajó de su caballo y lo dirigió de la brida hacia el establo, cerca de la puerta decumana del campamento. Sus hombres estaban empapados y ateridos de frío, pero exultantes. Desde el combate a orillas del río Tesino, casi un mes antes, sus encuentros con los cartagineses, en especial esos malditos númidas, se habían contado por derrotas, las bajas habían sido continuas y al final siempre quedaban ellos dueños del terreno. Pero esta vez no, esta vez los habían perseguido hasta su propio campamento. Es cierto que habían sufrido bajas, pero les habían puesto finalmente en fuga y habían matado a no pocos. El cónsul Tiberio Sempronio, que había asumido el mando mientras Escipión se recuperaba, se encontraba exultante y la moral de sus hombres había vuelto.

Dejó al caballo en la cuadra al cuidado de uno de los no combatientes que les acompañaban y se dirigió a su tienda. Se quitó las relucientes *phalerae* de plata, regalo personal del viejo Escipión tras su acción en Tesino, y se cambió las empapadas ropas por otras secas.

—¿Cneo Manlio?

Se dio la vuelta sobresaltado, y su sorpresa fue aún mayor al reconocer al joven Escipión.

—Sí, pasad, Publio Cornelio.

—Preferiría dar un paseo, si no le importa, me gustaría hablar con usted.

Lo que ese patricio quisiera hablar con un simple auxiliar samnita se le escapaba, pero uno no le decía que no a un Cornelio, aunque fuera un simple *contubernalis* de dieciocho años, así que cogió su manto, se abrigó en él y siguió al romano fuera de la tienda.

Caminaron en silencio a lo largo de la más de media milla de la *via praetoria*. El joven noble caminaba erguido con gesto serio y Manlio aprovechó para observarle. Era bajo, incluso para ser ro-

mano, aunque de constitución robusta y con las piernas fuertes y de pantorrillas anchas, típicas de esos romanos andarines. Tenía el pelo oscuro y la piel morena, presidía su rostro serio una nariz grande y recta, una de esas narices de las que los romanos presumían cuando se burlaban de las respingonas narices de los celtas, y su boca era recta, de labios finos, ligeramente fruncidos y que parecían no sonreír a menudo. Pero si algo llamaba la atención de ese rostro eran sus ojos, grandes, ligeramente saltones y de un extraño color gris, como del hierro de una espada, y que miraban como si nada se les escapara, almacenando todo lo que pasaba por delante de ellos. «Es la mirada de alguien mucho más viejo». Ese súbito pensamiento le asaltó de repente. Manlio no era demasiado supersticioso, pero le recorrió un escalofrío, como si una musa de la guerra se lo hubiera susurrado al oído.

—¿Cneo Manlio?

Salió de su ensimismamiento con un sobresalto y miró a Escipión, que lo observaba divertido.

—Publio Cornelio...

—Parecía distraído.

—Solo divagaba. ¿Va a decirme qué era eso de lo que quería hablar? —Había comenzado a lloviznar otra vez, unas gotas pequeñas y heladas que caían oblicuamente como alfilerazos y los empapaban lentamente. «Allá va mi muda de ropa seca...», se dijo con amargura.

Publio Cornelio miraba sobre la empalizada del campamento hacia el río Trebia, que bajaba tumultuoso por las lluvias. Al otro lado, pese a la pésima visibilidad, se intuía a varias millas el campamento cartaginés. La misma empalizada que había frenado su impulso tan solo unas horas antes, pensó el *extraordinarius*.

—¿Qué piensa sobre la acción de hoy, Cneo Manlio?

El aludido miró al joven patricio y guardó silencio por unos instantes antes de contestar.

—¿Puedo saber de qué interés le resulta la opinión de un auxiliar de caballería?

El joven patricio le devolvió el escrutinio. Cneo Manlio, el samnita, le sacaba más de una cabeza de altura. Digno ejemplar de un pueblo guerrero que había derrotado no pocas veces a los romanos. Tenía el cabello castaño muy corto y el rostro afeitado estaba enmarcado por un mandíbula cuadrada hendida por un hoyuelo. Los ojos castaños le miraban desde encima de una nariz recta y más corta que la del romano, y lo hacían con arrogancia.

—Soy un *contubernalis* —contestó lentamente el romano—, lo más bajo de la cadena de mando, pero también soy el hijo del cónsul, lo que quiere decir que la gente se divide entre los que se consideran por encima de mí para dirigirme la palabra o los que me dirán lo que sea que crean que quiero oír como puente para conseguir algo de mi padre...

—Y yo soy un simple itálico que huele a caballo —le interrumpió el samnita.

—Exacto. Pero un itálico con experiencia y valor, aunque huela a caballo.

—Y su último recurso para aventar sus ideas.

—Y mi último recurso para aventar mis ideas, correcto.

El samnita no pudo reprimir unas carcajadas.

—Nunca me habían insultado en mis propia cara de una manera tan educada, romano. —La carga de desprecio en la última palabra era sutil, pero no pasó desapercibida. Los exquisitos modales de Publio Cornelio Escipión no estaban habituados a que se dirigieran a él de una manera que no fuera con el *praenomen* y el *nomen,* fuera del más estricto círculo de confianza, pero encajó el contragolpe con deportividad y lo dejó pasar.

—Solo merece la pena mentir si la mentira puede ser creída, y no estoy buscando su voto...

—No podría votar, recuerde, soy un itálico que huele a caballo —le interrumpió Manlio, insolente, una vez más.

La interrupción le resbaló al romano como las gotas de lluvia que caían sobre ambos, pero esta vez, cuando le miró a los ojos, sus

parpados se habían entrecerrado y esos extraños ojos grises se le clavaron como si fueran dos puntas de lanza.

—Y no estoy buscando su voto —repitió—, aunque gozara del derecho a emitirlo, por lo tanto no veo el sentido de adularle. —Su mirada se suavizó, pero el mensaje había quedado claro, «No vuelvas a interrumpirme»—. Y ahora, por segunda vez, ¿qué piensa sobre la acción de hoy, Cneo Manlio? Como soldado, como veterano.

Se concedió unos segundos para meditar su respuesta. Estaba claro que la pregunta era sincera, por más que obligada por las circunstancias y, salvando el inmenso abismo social que los separaba, el romano respetaba su experiencia y su valor. Por otra parte, a nadie le venía mal tener un «amigo» entre la alta nobleza romana.

—Creo que ya era hora de que les devolviéramos el golpe. Desde Tesino nos han partido la cara una y otra vez, esta vez ha sido diferente, al fin.

—¿De verdad lo ha sido?

—¿Qué quiere decir? Les hemos devuelto a su campamento con el rabo entre las piernas.

—Lo primero es innegable, se han retirado y les hemos perseguido, pero ellos han decidido cuándo luchar y cuándo dejar de hacerlo, y aunque han huido nos han hecho más bajas de las que les hemos hecho nosotros a ellos.

Se quedó callado el samnita. No se había parado a mirarlo bajo ese prisma, y tras verlo a través de los grises ojos del joven Escipión la anterior euforia se esfumó instantáneamente.

—¿Cree que nos han dejado ganar, que se han retirado para darnos una falsa sensación de fuerza?

—Sí, eso creo.

—Con todos los respetos, Publio Cornelio, pero ¿por qué me dice esto a mí y no a su padre? Es el cónsul...

—Mi padre está herido y no ha visto con sus ojos lo que ha pasado. Confía en mí, pero sigo siendo un *contubernalis,* ¿recuerda?, uno que ha leído demasiado a Jenofonte y que está en su primera campaña. Mi opinión es escuchada, pero no cuenta.

—¿Y el otro cónsul?

—Tiberio Sempronio es un asno arrogante ebrio de optimismo, que cree que se va a comer a Aníbal sin pelar y que no tiene nada que escuchar de un *contubernalis*, aunque sea el hijo de su colega en el cargo. De hecho, especialmente si es del hijo de su colega en el cargo.

Cneo Manlio tuvo que contenerse para no quedarse con la boca abierta. Un noble romano no hablaba así de otro delante de un itálico. Cuestión de corporativismo social, podría decirse.

—Aun así, Publio Cornelio, si hay batalla somos más que ellos y la caballería ligera no gana una batalla campal, es la infantería, y en eso somos muy superiores —afirmó el samnita con convencimiento.

—Espero que tengas razón, Cneo Manlio. Espero que tengas razón... —Y, tras darle una palmada en el brazo, se dirigió hacia el *praetorium* con su habitual paso decidido, perdiéndose entre el disciplinado caos del campamento.

Terminó de limpiar su cuenco y lo metió en su zurrón. Sus hombres seguían charlando alrededor de la hoguera mientras se pasaban un pellejo de vino, pero el tiempo era desapacible y frío. Balkar se dijo a sí mismo ese viejo aforismo militar de que una retirada a tiempo era una victoria, así que se levantó para irse a dormir.

Se estaba reclinando para entrar en la tienda cuando oyó que la inconfundible voz de Hanno lo llamaba. Al volverse, se sorprendió al ver al cartaginés completamente equipado, coraza, grebas, escudo en una mano y el yelmo en la otra.

—¿Vas a algún sitio?

—Vamos, los dos. Ven conmigo.

El ibero echó su zurrón sin mirar dentro de la tienda y siguió al oficial púnico sin hacer más preguntas, pero temiéndose que le iba a tocar hacer alguna guardia o una descubierta o algo así. «Y yo

que quería acostarme pronto hoy...». Para su sorpresa, se adentraron más y más en el campamento y pronto llegaron a su centro, donde se encontraban las tiendas de los oficiales de más alto rango. Pasaron un primer círculo de guardias. Nada de mercenarios o aliados, estos eran cartagineses pesadamente armados al estilo griego, que les dejaron pasar al reconocer a Hanno aunque miraron al ibero con ojos recelosos. La sorpresa fue creciendo cuando se dirigieron a un pabellón en el centro de la zona acordonada. La tienda del general. En el espacio libre frente a ella se había concentrado un grupo creciente de gente, casi dos centenares de hombres, la mayoría jinetes cartagineses e infantes iberos y celtíberos, reconoció Balkar por sus ropas. Todos permanecían a la expectativa.

—Quédate aquí y espera.

Asintió con la cabeza mientras el púnico se dirigía hacia la tienda. Los guardias lo reconocieron y le dejaron pasar sin más trámite.

—Se está cociendo algo importante.

Balkar se giró hacia el celtíbero que se había dirigido a él. Un poco más bajo, de cabello gris. Se cubría los anchos hombros con una piel de oveja sobre un viejo *sagum* cuyo olor probablemente había matado a la pobre oveja. Hablaban dialectos distintos, pero se entendían.

—Buntalos —se presentó y le tendió la mano.

Balkar se la estrechó y, al verlo más de cerca, reconoció al guerrero que le había guiñado un ojo unos días antes cuando el accidente con los celtas.

—Balkar. Ya podrías haber echado esta misma mano el otro día. —Rio el celtíbero, dejando ver unos grandes dientes amarillentos.

—No creo que esos tres gallitos os hubieran causado mucho problema. El jefe quizás, pero bueno, siempre he sido partidario de dejar que cada cual resuelva los problemas en los que se mete por sí mismo.

—Sabia política. ¿Tienes alguna idea de por qué estamos aquí?

—Ni la más remota, pero creo que nos vamos a enterar pronto. —Señaló hacia la tienda con el mentón. Un grupo de oficiales cartagineses y libios fueron saliendo, Hanno entre ellos, y se situaron frente al grupo de hombres. Se hizo el silencio. Las dos últimas figuras en salir eran Magón y Aníbal Barca.

Sin ceremonia ninguna, el general comenzó a hablar a los reunidos alternando el púnico y el ibero, lengua que hablaba como un nativo pues, al fin y al cabo, se había criado en Iberia. Balkar le había visto otras veces, pero nunca tan de cerca, y le observó con atención. A sus treinta años, Aníbal estaba en la plenitud de la vida. De estatura media, pelo muy negro y rizado, como la barba, tenía la piel morena y curtida de una vida al aire libre. A la luz de las antorchas apenas se le podían distinguir los ojos, solo por el brillo, pero tenía esa cualidad de los buenos oradores que hacía creer que te miraba a ti y solo a ti. No iba armado, pero se cubría con la capa púrpura de general que se cerraba con un broche de oro con la forma del rayo de los Barca.

—Os he convocado aquí porque vuestros oficiales me han dicho que sois los mejores, los más duros y los más listos. —Hizo una pausa mientras una serie de murmullos halagados se extendía entre los congregados—. Cuando termine esta reunión, cada uno de vosotros volverá entre los suyos y elegirá a diez hombres, los diez mejores, comeréis y os reuniréis detrás del campamento con mi hermano. —Señaló a Magón, un modelo compacto y musculoso de su hermano mayor, que esbozó una sonrisa de depredador entre su cerrada barba—. Con él os dirigiréis hacia una cañada entre el campamento y el río, y allí aguardaréis en el más completo silencio. —Hizo una pequeña pausa para que el mensaje calase—. Es muy importante que todo esto lo hagáis en la oscuridad y en el más absoluto silencio. Como habréis supuesto, mañana daremos batalla a los romanos. Cruzarán el río y vendrán a por nosotros, son más y están confiados, por eso mientras nosotros les contenemos aquí arriba vosotros les daréis una sorpresa por detrás. —Hizo una nueva pausa y recorrió el grupo con la mirada. Balkar estuvo seguro de que,

por un instante, le miró a él y solo a él, sin trucos retóricos, a los ojos, antes de retomar el discurso con un tono más serio—. Tiberio Sempronio, su general, está impaciente por terminar con nosotros. Cuando acabe el año tiene que volver a Roma y entregar el mando. y quiere hacerlo con mi cabeza en una lanza y vuestros despojos pudriéndose aquí mismo. Le hemos convencido de que puede, de que es más fuerte, pero yo no he cruzado ríos y montañas para caer al primer golpe. ¿Y vosotros?

Doscientas gargantas rugieron su negación a una y Aníbal, sonriendo, dio la reunión por concluida y entró en la tienda seguido de su hermano. Balkar se despidió de Buntalos, que se fue a buscar a los suyos con una sonrisa de oreja a oreja. Hanno se acercó a él con su habitual sonrisa de vuelta en el rostro.

—¿No te habías cansado de galos melenudos? Pues mañana vamos a tener un montón de romanos con su pelo bien corto.

—Casi a dos por cabeza tocamos —asintió Balkar con una sonrisa.

—Sí, ¿pero sabes qué? —preguntó el púnico repentinamente serio, pasándole un brazo por el hombro—. Ninguno se llama Balkar.

18 de diciembre del año 535 AUC (218 a. C.). A orillas del río Trebia, Italia

Comenzaba a clarear por el horizonte cuando Balkar se atrevió a echar un vistazo entre las cañas, más por hacer algo que por curiosidad, pues conocía perfectamente el paisaje. El río Trebia bajaba crecido por las lluvias de los últimos días. Desembocaba unas tres millas más abajo en el poderoso Po, la frontera entre Italia y la Galia para los romanos, según le habían dicho. No muy lejos, con el río Trebia discurriendo a su derecha, se distinguía la forma rectangular del campamento romano, apenas una silueta oscura y lúgubre en la pálida luz del amanecer. Unos ruidos apagados por la distancia

le hicieron volver la atención a su izquierda. Un nutrido contingente de númidas bajaba al galope por la loma cercana desde el campamento cartaginés. Korbis y Garokan, atraídos por el ruido, se arrastraron junto a él y observaron a los jinetes africanos mientras se desplegaban en la llanura frente a la loma y si dirigían trotando hacia el río.

—Ya empieza la fiesta —murmuró Garokan. Era este un ibero bajito y fornido al que Korbis y Balkar conocían desde hacía años. Veterano de muchos combates, llevaba su historial escrito en la cara. Bajo su única y espesa ceja dos ojos oscuros miraban desde ambos lados de una nariz rota demasiadas veces. Una larga e irregular cicatriz se extendía a lo largo de su sien izquierda hasta la oreja, que tenía medio rebanada, recuerdo del asedio de Sagunto. Quizá para compensar, tenía la otra atravesada por cuatro o cinco aros de oro.

Mientras observaban a los númidas, estos llegaron hasta el río y se detuvieron, con lo que dieron un respiro a los caballos. Arriba, en la loma, la multitud del ejército cartaginés comenzó a salir de su campamento.

«Otra vez a cruzar un maldito río», pensó Ayin, desalentado. Acarició el cuello de su caballo y disfrutó del calor que emanaba de la noble bestia. Hacía un frío terrible, lo que le quitaba aún más las ganas de meterse en el agua. Sobre ellos, la pálida luz del alba anunciaba un día gris y nublado. «Por lo menos hemos desayunado bien». En efecto, en previsión de un día largo y difícil, Aníbal había ordenado a todos sus hombres que desayunaran antes del alba y se preparasen. La idea era sacar a los romanos de sus camas y hacerles pelear en ayunas.

Frente a ellos, y sin necesidad de órdenes, Maharbal, el único de los casi cuatro mil jinetes que montaba con silla y coraza, apuntó con su espada hacia el campamento romano y se adentró en el río entre salpicaduras, seguido por la larga línea de númidas, todos a una. El agua pronto llegó hasta el pecho de los pequeños caballos

africanos, que continuaron no obstante hasta el otro lado sin mayores problemas. Ayin encogió las piernas en un infructuoso intento de mantenerse lo más seco posible. Una vez al otro lado, rehicieron la línea y emprendieron la marcha hacia el campamento romano a un trote largo que permitiese a los caballos ahorrar fuerzas. Iban a necesitarlas en el viaje de vuelta.

Los toques de trompeta y los gritos de alarma despertaron a Cneo Manlio, que se incorporó entre sus mantas y saltó fuera de la tienda descalzo y en túnica. Apenas empezaba a clarear un día gris, pero el campamento parecía un hormiguero que alguien acabara de patear. Mientras se frotaba los ojos para quitarse el sueño y las legañas, vio al prefecto de caballería, que llegaba desde su tienda abrochándose la coraza y con un esclavo detrás sujetándole como podía escudo, casco y lanza.

—¡A caballo todo el mundo! ¡Rápido, moved el culo!

—Mierda...

Manlio corrió al interior de la tienda de nuevo. Se embutió las grebas sin preocuparse de ponerse las sandalias, se ciñó el cinturón con espada y puñal y se colocó la coraza de tres discos. Por suerte, la había dejado a medio montar, por lo que rápidamente pudo cerrarla y, agarrando su yelmo y escudo, salió de la tienda hacia las cuadras. Sus preciadas *phalerae* se quedaron tiradas, junto al resto de sus cosas.

Los siervos del campamento tenían ya los caballos ensillados y de un salto montó en el suyo. El esclavo le pasó la lanza y trotó hacia donde sus camaradas se iban congregando.

—Los númidas están atacando el frente del campamento —gritó el prefecto cuando se hubieron reunido—. Vamos a salir por las *portas principalis dextra* y *sinistra,* caeremos sobre esos piojosos desde ambos lados y les devolveremos a su campamento como hicimos ayer, luego aguantaremos y cubriremos a las legiones mien-

tras estas cruzan el río para ir a por el resto de esos sucios púnicos. ¿Está claro? ¡Pues vamos!

Breve y conciso, como de costumbre. El prefecto picó espuelas y la caballería de los *extraordinarii* salió del campamento por ambos laterales, seguida del resto de la caballería itálica y romana. Los númidas, como era de esperar, tras lanzar unas cuantas jabalinas sobre la empalizada, bajaban hacia el río al galope. En similar número, unos cuatro mil, la caballería romana se lanzó tras ellos. Más pesadamente armados, pero montando caballos más frescos y de mayor alzada, pronto comenzaron a cerrar distancia. Cneo Manlio, escudo al frente y agarrando firmemente su lanza, se inclinó sobre el cuello de su caballo lanzado a todo galope; la revancha era suya. Un poco por delante, el prefecto alzaba ya su lanza para golpear, a unos veinte pasos por detrás de los últimos númidas. Fue entonces cuando estos, moviéndose como una de esas bandadas de pájaros que giran en el aire todos a una, giraron y lanzaron sus jabalinas. No bien habían soltado sus proyectiles, ya habían girado de nuevo y se internaron en el río.

Dos jabalinas impactaron en el pecho del caballo del prefecto, que rodó por el suelo y lanzó a su jinete a tierra. No debió de dolerle mucho el revolcón, pues ya estaba muerto, con una jabalina clavada en el cuello.

Manlio se encogió tras su escudo y tiró brutalmente de las riendas. Su caballo frenó como pudo, arrastrando los cuartos traseros, y recuperó el control casi al borde del agua. Dejando de lado al prefecto y unos cuantos hombres y caballos, la andanada había causado pocas bajas, pero había roto el ímpetu de la carga.

Ya al otro lado del río, los númidas lanzaron jabalinas una vez más y emprendieron de nuevo la huida. Más hombres y caballos rodaron por el suelo. Tras unos instantes de vacilación, la línea romana se recompuso y comenzó a cruzar el río entre salpicaduras.

—Son buenos, esos cabrones —murmuró Korbis entre dientes, admirado de la habilidad de los númidas. Por un momento había parecido que los romanos ya los tenían, pero en ese instante se alejaban de ellos ribera arriba, en pos de sus propias líneas. Mientras los númidas hacían de cebo, el ejército púnico se iba desplegando para esperar a los romanos. Una larga línea de celtas —algunos de ellos desnudos, observaron Balkar y Korbis— ocupaban el centro, flanqueados por la infantería pesada hispana y con los lanceros libios, con sus grandes escudos ovalados, cubriendo los extremos de la línea. A los flancos y divididos en dos grupos, las moles grises de los elefantes agitaban sus grandes orejas y trompas, impacientes, y tras ellos se dividía la caballería pesada: a un lado cartagineses e hispanos, y al otro los celtas, recién alistados.

—Y ahí viene el plato fuerte —dijo Garokan, que miraba en dirección contraria.

Al otro lado del río, acuciados por sus centuriones y oficiales, los romanos formaron los rectángulos de los manípulos, dos líneas más profundas delante y una más delgada detrás. «Los *triarii*», recordó Balkar. Al formar, antes de partir del campamento, Magón, Hanno y el resto de los oficiales les habían dado los últimos detalles. Una vez que ambos ejércitos se encontraran trabados en combate y su caballería en fuga —o eso esperaban—, ellos cargarían sobre la retaguardia romana. Esta última línea estaba formada por los *triarii,* hombres de más de cuarenta años que se encontraban ya en sus últimos años de servicio. Su edad suscitó algunas risas entre los hombres, pero Hanno fue claro: no había que infravalorarlos. Los romanos llamaban a filas a sus hombres todos los años, y si los habían vuelto a alistar era porque se trataba de soldados capaces y, con toda seguridad, veteranos. Iban pesadamente armados, equipados con lanzas y acorazados con cota de mallas, casco y escudo. Puede que fueran viejos, pero no eran blandos.

Repasando la teoría, Balkar volvió la atención a la llanura frente a él, donde la caballería romana había ya cruzado el río.

A Cneo Manlio se lo llevaban las furias. Había sobrevivido a dos descargas más de esos mil veces malditos númidas, pero no podía decirse lo mismo de muchos de sus compañeros, y en ese momento se les escabullían entre un grupo de infantes ligeros vestidos con túnicas a rayas. Manlio no sabía quiénes eran, pero estaba más allá del punto del raciocinio. Alguien iba a tener que pagar por la rabia acumulada durante la galopada, y aquellos túnicas rayadas estaban en su camino. Peor para ellos.

Sin inmutarse ante la avalancha de caballos y jinetes que se lanzaban sobre ellos, los hombrecillos a rayas desplegaron una especie de cuerdas y comenzaron a hacerlas girar. Con un escalofrío, Manlio entendió. «Honderos». Alzó un poco más su escudo y apretó los dientes. A unos cien pasos de distancia, los honderos soltaron sus proyectiles, las hondas restallaron como mil pequeños truenos y un instante después hombres y caballos rodaron por el suelo. Aún no había impactado la primera andanada cuando ya salía una segunda y una tercera... Los claros se fueron abriendo en la formación romana, caballos sin jinete se adelantaban enloquecidos. A menos de veinte pasos, Cneo Manlio eligió un objetivo y alzó el brazo de la lanza por encima del hombro. El balear, desesperado, metió la mano en su zurrón, en busca de un nuevo proyectil, pero ya no le dio tiempo: Manlio le cayó encima y lo golpeó con la lanza. Gritó, eufórico, mientras la desclavaba, dejándose llevar a lomos de su caballo, que cabalgaba enloquecido. Los honderos se habían dispersado aún más, y disparaban o combatían con sus espadas cortas y puñales. Normalmente no hubieran sido rivales, pero Manlio observó consternado que los suyos eran pocos, muy pocos. Rota la moral por la lluvia de proyectiles, la mayoría de los jinetes romanos habían vuelto grupas y se retiraban hacia las líneas romanas, que ya habían empezado a cruzar el río.

Volvió la vista al combate justo a tiempo de localizar a un hondero a unos diez metros. Tras dos rápidas vueltas con el brazo,

el balear disparó. Manlio escuchó el estallido de la honda casi al mismo tiempo que alzaba su escudo. El proyectil de plomo lo atravesó limpiamente y pasó rozándole la nariz. La violencia del golpe estuvo a punto de tirarle del caballo, pero se rehizo y, guiando a su montura con las rodillas, se lanzó sobre su atacante. El hondero se dio la vuelta y trató de huir, pero no había a dónde. La lanza de Manlio le acertó en el centro de la espalda y le asomó por el pecho cubierta de sangre. El samnita no intentó desclavarla. La dejó caer, tiró de las riendas y picó espuelas, confiando en que a su caballo aún le quedaran fuerzas para huir. Otra vez.

Tras ver cómo se retiraba la maltrecha caballería romana, los tres iberos se arrastraron de vuelta a la cañada. Los hombres a su alrededor se mantenían silenciosos, miraban al vacío sumidos en sus pensamientos, algunos dormitaban —o lo fingían— y otros afilaban sus armas o incluso les susurraban con intimidad de amantes. Balkar vio a unos metros a Buntalos, el celtíbero; sentado en un tronco caído, pasaba mecánicamente una piedra de afilar por la hoja de su espada, una espada de hoja recta, de un antebrazo de largo y con una bella filigrana de plata en la empuñadura rematada por dos antenas. Vestía únicamente la túnica ceñida por un cinturón con una gran y muy ornamentada hebilla de plata. No era ningún pobretón, ese celtíbero. El resto de su armamento también era de primera. A su lado descansaban una pesada lanza de acometida, con una moharra de dos palmos oscurecida con hollín —todos lo habían hecho así, para evitar brillos delatores— y un escudo ovalado, similar al suyo propio, con una gran tachón de bronce en el centro sobre el que destacaba un yelmo igualmente de bronce decorado con crines de caballo.

Volviendo su atención a sí mismo, Balkar sacó su falcata y comprobó ambos filos y la punta. Era un arma bella, pensó con orgullo, hecha a su medida: la hoja medía exactamente lo mismo que

la distancia desde su codo al extremo de su dedo corazón. Las acanaladuras de la hoja, además de conferirle aún más belleza, la aligeraban de peso sin debilitarla; la empuñadura, rematada en una bella cabeza de águila, le rodeaba los dedos y el conjunto convertía al arma en una prolongación de su brazo. Más allá de la cabeza de águila, su empuñadura era simple, de hueso, pero en cuanto pudiera se la haría decorar con plata, pensó. Metió la espada en su vaina y comprobó la moharra de la lanza. No bailaba en su asta y el filo era el correcto. La dejó en el suelo y empuñó su *soliferrum,* la larga jabalina enteramente metálica de los hispanos. Comprobó que no estuviera torcida, lo que afectaría al vuelo, y que la punta tuviera el filo correcto. Satisfecho con el examen, miró a su alrededor y vio que Hanno le hacía señas para que se acercase. Caminó agachado hasta donde se encontraba el cartaginés. Unos metros más allá, Magón caminaba hacia sus jinetes, que comenzaban a quitar los trapos con que habían cubierto los cascos de sus caballos, aunque permanecían desmontados, calmando a los animales.

—¿Estáis preparados? —susurró Hanno.

—Hace años.

Hanno dio un bufido a modo de sonrisa.

—Bueno, dentro de unos momentos vais a tener oportunidad de probarlo. Ve y pasa la voz de que todo el mundo se prepare, pero todos agachados, mataré con mis propias manos al que se le ocurra asomarse. Los romanos están casi a nuestra altura, les dejaremos pasar y, cuando estén bien trabados con los nuestros, Magón cargará sobre su flanco más alejado con la caballería y nosotros contra los más cercanos. ¿Está claro?

—Como el agua.

El cartaginés le tendió la mano y se la estrechó con fuerza.

—Nos vemos esta noche, celebrando la victoria.

—Claro, tú pagas el vino.

—No —replicó con una sonrisa—, esta noche pagan los romanos. —Y volvió al centro de la formación.

Cneo Manlio palmeó a su caballo en el cuello. Era un buen animal, pero se encontraba agotado. Avanzaba al paso con la cabeza gacha, casi tan gacha como los supervivientes de su *turma;* seis, contándolo a él, de los treinta originales. Avanzaban al paso de la infantería, en el flanco izquierdo. A su lado, la primera línea de *hastati* itálicos marcaban el paso con disciplina, avanzando lentos pero seguros. La escaramuza de las fuerzas ligeras había terminado y los *velites* supervivientes habían formado en los flancos delante de ellos. Cuando los elefantes cargasen, sería labor de la infantería ligera tratar de ahuyentarlos con sus jabalinas. Le habían asegurado que esa táctica funcionaba, que aunque temibles por su tamaño, eran unas bestias asustadizas y cobardes.

Cobardes o no, Manlio no las tenía todas consigo: esos bichos eran enormes, y conforme se fueron acercando los caballos empezaron a inquietarse con el olor de los monstruos.

A no más de doscientos pasos, ambos ejércitos se detuvieron y, por unos instantes, reinó el silencio sobre el valle del Trebia. Fue solo un instante, pues súbitamente un gran clamor se alzó desde el centro de la línea cartaginesa y se fue extendiendo hacia las alas. Los celtas saltaban arriba y abajo blandiendo sus largas espadas, muchos de ellos desnudos —«Los muy idiotas», se dijo Manlio—, mientras que hispanos y africanos golpeaban sus escudos con sus lanzas.

—Salvajes —dijo uno de sus hombres mientras escupía al suelo.

Un toque de trompeta reanudó la orden de avance en el lado romano. Inmediatamente, la segunda centuria de cada manípulo de *hastati* avanzó por la izquierda de su primera centuria y cerraron la línea, ofreciendo al enemigo un único frente unido. Como la máquina perfecta que era, la primera línea del ejército, que en ese momento formaba una sólida falange, comenzó a avanzar hacia los cartagineses al paso, golpeando rítmicamente los escudos con

sus *pila,* produciendo un estruendo que pronto superó y después acalló los gritos de los bárbaros. Estos cerraron filas y aguardaron.

Mientras tanto, la caballería tenía sus propios problemas. En el caso de Cneo Manlio, estos problemas eran unos quince paquidermos que bajaban al trote hacia ellos. Trató de calmar a su caballo, que amenazaba con encabritarse, y confió en los *velites* que ya avanzaban contra los monstruos. Los chavales de dieciséis y diecisiete años que integraban la infantería ligera lanzaron una nube de proyectiles contra los elefantes, que avanzaron entre la lluvia de jabalinas como si se tratara de gotas de agua; sin embargo, al poco uno de ellos se derrumbó con un estremecedor alarido, y varios más, heridos, enloquecieron y se desmandaron, volviendo hacia sus propias filas.

Aun así, la carga resultaba imparable. Los *velites* se replegaron a todo correr entre los huecos que les dejaron los *hastati,* que no tenían otra que aguantar a pie firme la carga de los elefantes. Estos giraron hacia su izquierda para perseguir a sus atacantes. Fueron recibidos con una lluvia de *pila* ligeros y pesados que terminó por derribar a otros dos elefantes, pero siete u ocho chocaron contra la cerrada formación romana. Manlio vio a hombres y armas volando por los aires ante la ira de las bestias. Toda la formación se estremeció, y algunos legionarios soltaron sus escudos y huyeron presas del pánico. Los itálicos perdieron la formación pero no el temple; guiados por los centuriones, que habían sido instruidos a tal efecto, atacaron a los paquidermos por detrás y por los flancos, tratando de desjarretarlos.

—¡Atención, caballería!

Cneo Manlio volvió la vista al frente. Tras los elefantes, una ululante línea de jinetes celtas se disponía a cargar sobre ellos. Esperar a pie firme hubiera sido suicida, así que los jinetes itálicos picaron espuelas y cargaron contra ellos. Manlio empuñó su *kopis,* deseando aún tener su lanza, y aulló su grito de guerra junto a sus compañeros, mientras se lanzaba de nuevo al galope.

Ayin observó desde la altura que le daba su caballo el campo de batalla. Su papel había terminado por el momento. Lo habían hecho bien. Replegados tras las propias líneas, daban descanso a los caballos tras haber recibido cada uno un haz nuevo de jabalinas. Esperaban a que el enemigo se diera a la fuga o que tuvieran que reforzar algún punto del campo de batalla. «Preferiblemente, lo primero», pensó el númida, que no era ningún cobarde, pero tampoco tenía madera de héroe.

Justo frente a ellos, los jinetes celtas habían caído sobre sus viejos conocidos, los itálicos aliados de los romanos, y estos parecían estar llevando la peor parte. Diezmados por las escaramuzas de la mañana y con sus caballos agotados, debían de estar pasando muy mal rato peleando contra los celtas. Un poco más a su izquierda, la infantería aliada de los romanos había encajado bien la carga de los elefantes, hasta el punto de que habían matado o puesto en fuga a la mayoría, pero se habían visto desorganizados justo cuando los lanceros pesados libios y la infantería hispana cayeron sobre ellos y estaban perdiendo terreno cada vez más rápido, terreno que iban alfombrando con sus muertos. En el centro, por su parte, los celtas no parecían tan arrogantes en ese instante, cuando se las veían con la infantería pesada romana; aunque aguantaban, habían perdido terreno, y su línea amenazaba con hundirse. Si se rompía el frente por ese punto, era poco lo que los númidas podrían hacer contra los legionarios, pensó con preocupación.

Un súbito clamor se elevó entre los jinetes galos, que comenzaron a avanzar más y más rápido, hasta lanzarse al galope hacia el río. Eso solo podía querer decir que la caballería itálica finalmente se había roto y huía.

Manlio desclavó el *kopis* del cuello del galo al que acaba de matar mientras este se deslizaba al suelo desde lo alto de su caballo. Te-

nía el brazo cubierto de sangre hasta el hombro, casi toda ajena, por suerte, pero el arma le pesaba como si fuera de plomo; aunque no tanto como el brazo del escudo, que ya casi no podía mover, entumecido por los golpes y por el agotamiento. Aguijoneó a su montura para hacerla girar y mantenerla en movimiento, pero el pobre animal ya casi no respondía. A su alrededor, los samnitas restantes trataban de destrabarse para huir, si es que no lo habían hecho ya, o morían. Dos pasos más adelante, Tucio, el último miembro visible de su *turma,* paraba como podía los golpes que le daba un galo que había dejado caer su escudo y empuñaba su espada con ambas manos, como si se tratara de una porra. Tucio se refugiaba tras su escudo mientras su otro brazo colgaba inerte a un costado, chorreando sangre.

Manlio se lanzó contra el galo por detrás y le abrió el cráneo como si se tratara de un huevo con un brutal golpe de su *kopis*. Tucio quiso decirle algo para agradecerle la acción, pero en vez de la voz le salió tan solo un borbotón de sangre y se derrumbó hacia delante con una lanza clavada en la espalda.

Cneo tiró de las riendas y espoleó de nuevo a su caballo. Había que salir de allí como fuera. La pobre bestia sacó fuerzas de flaqueza y galopó de nuevo, aunque ni mucho menos a toda la velocidad que había desplegado esa mañana, que parecía de hacía años. Miró por encima del hombro y vio a algunos celtas pie a tierra recolectando las cabezas de sus víctimas, pero la mayoría comenzaban a lanzarse a por los fugitivos.

Golpeó con furia la grupa de su caballo con el plano de la espada mientras que a la vez le susurraba palabras de ánimo. El río estaba demasiado lejos, no llegaría nunca antes de que le alcanzaran, por lo que se dirigió a su derecha, hacia un cañaveral a un lado del campo de batalla. Otros supervivientes habían pensado lo mismo: las cañas y el bosque de detrás, y una vez allí quizá dar esquinazo a los galos.

Fue entonces cuando los vio. La garganta se le cerró con un nudo de pánico, pues de las cañas y zarzas donde había visto la salvación salía una línea de jinetes al trote. Llevaban escudos redondos

con la luna de Tanit pintada en ellos. Algunos de sus camaradas, que ya casi habían alcanzado lo que creían era su salvación, fueron arrollados sin más. Consciente de que, si hacía parar a su caballo, seguramente ya no arrancase otra vez, le hizo dar un amplio semicírculo. Más allá de los jinetes, una larga línea de infantes con lanzas también emergía de entre las cañas, por lo que su única salvación era la infantería propia y hacia ella se dirigió.

—Vamos bonito, corre... Tú puedes...

Los *triarii* de la retaguardia habían visto la amenaza que se acercaba por su retaguardia y se habían vuelto para plantarle cara. Manlio podía oír a su espalda el tronar de los cascos de la caballería cartaginesa. Estaba a cincuenta pasos de la línea de *triarii* cuando su caballo hincó la cabeza y cayó. El samnita rodó por el suelo y quedó tendido sobre su escudo a unos pasos de su caballo. El noble bruto echaba sangre por los ollares y trataba de levantarse, pero las patas no le respondían: estaba reventado por el esfuerzo.

Manlio cogió su espada, caída a su lado, y se puso de pie. La línea de la caballería cartaginesa se dirigía hacia él. Se la quedó mirando como un ratón hipnotizado por una serpiente, con los pies clavados al suelo e incapaz de moverse.

—¡Mueve el culo, imbécil!

El grito en latín a su espalda lo sacó de su ensimismamiento. Dos pasos por delante de la línea de *triarii,* un centurión de barba cana le hacía señas para que corriera hacia ellos. Sacando fuerzas de donde no las tenía, el samnita echó a correr. Notó entonces que había olvidado sus sandalias esa mañana, con las prisas. La estupidez del pensamiento casi le hizo reír.

El centurión retrocedía mientras miraba por encima de su hombro. Cneo Manlio hizo un último esfuerzo. Sintiendo a los cartagineses a su espalda, sus pies descalzos volaban sobre la hierba pisoteada. Saltó deslizándose por el hueco que el centurión le había dejado y que este cerró de inmediato. Los encanecidos veteranos lo empujaron hacia atrás. Las primeras —o últimas— líneas pusieron rodilla en tierra, se agacharon tras sus escudos, clavaron las conteras

de sus lanzas en el suelo y dirigieron las puntas contra el pecho de los caballos enemigos, preparados para el brutal golpe.

Balkar trotaba hacia el enemigo en línea con sus camaradas. Unos cientos de pasos a su derecha, la caballería de Magón se había estrellado contra la retaguardia romana haciendo que su línea se estremeciera, y unos pasos a su izquierda los jinetes galos que habían puesto en fuga a los itálicos se disponían a hacer lo propio.

Sujetaba en su mano izquierda el escudo y la lanza y empuñaba en la derecha el *soliferrum* con la punta dirigida hacia el suelo. A unos cincuenta pasos del enemigo comenzaron a acelerar, y a la mitad de esa distancia lanzaron todos a una sus pesadas jabalinas de hierro con trayectoria casi horizontal. La temible arma concentraba todo el peso y la fuerza del lanzamiento en un pequeño punto, y su poder de penetración era tremendo. Algunas fallaron, pero las que hicieron blanco atravesaron los pesados escudos como si fueran de papel, hirieron en muchos casos a sus portadores y desbarataron la primera línea enemiga.

Cambiando la lanza a la mano derecha y con el escudo por delante, los mil hispanos se lanzaron contra los maltrechos *triarii*. Balkar saltó por encima de un romano caído; el siguiente en la línea trataba de ocupar su puesto, pero, atento a donde pisaba, no vio venir la punta de la lanza ibera que le entró por la boca y lo mató instantáneamente. Usando a su camarada como cuña, Korbis a su derecha y Garokan a su izquierda mataron también a los dos veteranos a los lados de la víctima de Balkar y pronto, presionando desde ese punto, comenzaron a deshacer la línea. La presión y la cercanía convirtió las lanzas en inútiles, por lo que el ibero dejó caer la suya y sacó su falcata. Empujó con su escudo al enemigo que tenía enfrente, que se tambaleó y dio medio paso atrás, lanzó un golpe de punta con la falcata que dio en carne, aunque no supo el daño causado. Cargó de nuevo su peso en el escudo y volvió a presionar hacia

delante. Esta vez, el romano perdió pie y cayó de espaldas. Garokan, a su izquierda, aprovechó la oportunidad y clavó su espada corta y de hoja recta hacia abajo, atravesando la cota de mallas del caído, que quedó inmóvil. Balkar pasó por encima de él y para acometer al siguiente romano, pero ya no había ninguno: habían cortado la centuria en dos.

Los *hastati* romanos se retiraron entre los huecos que les habían dejado los *princeps,* que inmediatamente cerraron filas y cargaron sobre los celtas, que se encontraban ya muy debilitados. Los *hastati* comenzaron a rehacer sus filas, azuzados por los oficiales supervivientes. Uno de ellos, malherido, se tambaleó hasta donde estaba Cneo Manlio, que había sido expulsado sin mucho miramiento de la fila por los *triarii.* El legionario cayó al suelo, más muerto que vivo, y Manlio cogió su escudo y se incorporó a la centuria que se reorganizaba frente a él y que estaba más que diezmada. Sabía que la única manera de sobrevivir a aquel desastre era la disciplina. El *optio* que cerraba las filas y organizaba la formación observó al recién llegado, pero no estaba la situación para poner pegas, así que de un empujón lo colocó en línea con los restos de la centuria. «Bienvenido a la infantería», pensó con amarga ironía Manlio mientras echaba de menos sus sandalias.

A su espalda, los *triarii* estaban siendo diezmados por cartagineses, hispanos y celtas, aunque todavía aguantaban, a duras penas.

—¡Atención, centuria!

Manlio no oyó la orden hasta que la repitió el *optio* a retaguardia. Los *princeps* casi habían roto a los celtas, pero habían perdido el impulso y se retiraron de nuevo entre los huecos de los *hastati* que, una vez más, cerraron la línea y cargaron. El recién estrenado infante cargó con ellos. Se encontraba en la última fila, pero empujó como todos. La diezmada centuria, en línea con las demás, presionó hasta que los galos no pudieron más, rompieron la línea y huyeron.

Por suerte para los romanos, quizá la única suerte de aquel fatídico día, se encontraban todos demasiado cansados para perseguir al enemigo, por lo que la formación romana no se rompió para ir tras los fugitivos. Entre tanto, algunos centuriones cayeron en la cuenta del desastre y ordenaron a los manípulos formar en cuadro y alejarse en orden del campo de batalla.

El romano se arrastró con los codos hacia su espada. Tenía la espina dorsal cortada de un lanzazo y no podía mover las piernas. Balkar lo empujó con el pie hasta ponerlo boca arriba. El romano se dio por vencido al fin y le miró a los ojos. Tenía aún el yelmo puesto y le cubría hasta las cejas. Dijo algo, pero el ibero no hablaba latín. No sonó a insulto ni a amenaza, una petición quizá. Se sostuvieron la mirada por unos instantes. Balkar limpió la sangre de la hoja de su falcata, la envainó y se acuclilló junto al caído. Su rostro sin afeitar se veía gris, canoso, y tenía arrugas junto a unos ojos oscuros que brillaban con miedo, pero manteniendo la compostura. Quizá esta era su última campaña, mala suerte. Sacó lentamente el puñal que llevaba al cinto, de hoja ancha y triangular y el romano entendió, apretó los labios y asintió ligeramente y sin dejar de mirarle a los ojos, mientras el guerrero hispano le cortaba el cuello.

Tras cerrarle los ojos, que habían perdido todo su brillo, le desabrochó el casco y lo sopesó. Era un bonito casco de bronce con dos amplias carrilleras; un pequeño cubrenuca sobresalía por detrás y lo adornaban dos altas plumas rojas a los lados de una cimera de crin negra. Se lo probó y sonrió satisfecho, era justo de su talla.

—Bonito sombrero te has buscado. —A su espalda, su compañero Garokan limpiaba con un trapo unos anillos. Seguramente, sus antiguos propietarios ya no tenían dedos para llevarlos; conforme terminaba de limpiarlos, se los iba echando a la bolsa que llevaba colgada del cinto y que abultaba bastante más que esa misma mañana.

—¡Eh, vosotros! Echadme una mano. Sujetadle los pies.

Korbis le había soltado el cinto a un cadáver y tironeaba de los hombros de su cota de mallas, pero cuerpo y armadura pesaban demasiado y solo conseguía arrastrar el cuerpo del romano por el barro sanguinolento.

—¿Se puede saber qué pretendes?

—Esta cota de malla va a quedarme perfecta una vez que consiga que un herrero le parchee los agujeros. Además, hoy hemos pillado a estos con hambre y sin dormir, pero la próxima vez que me enfrente a ellos no quiero hacerlo en túnica, por lo que pueda pasar.

Tanto Balkar como Garokan tuvieron que admitir la lógica del razonamiento y ayudaron a su camarada a despojar el cadáver del romano y luego, entre los tres, despojaron otros dos, y así, con sus cotas de mallas, algún yelmo y sus armas recién recuperadas, se encaminaron hacia el campamento mientras la horda de buscavidas que seguía al ejército comenzaba a desnudar los cadáveres de unos y otros como aves carroñeras, antes de que cuervos y buitres reales hicieran su aparición.